De los excesos

Hemos escuchado antaño palabras enunciadas de labios que ya he olvidado. Aquellos labios rezan: los excesos han de representar el reflejo de las carencias del individuo.
Excesos hay muchos, pero la intención en estos renglones no es hablar acerca de los excesos materiales, mundanos y tangibles. No, hoy es menester que se hable sobre los excesos del espíritu.
Existe una predisposición cuasi natural y aterradora de los seres humanos hacia la envidia. Ah, bendita necesidad aquella de demostrar el propio valor; afán desdichado que abre paso hacia la senda de la envidia y la cólera hacia el prójimo.
Oh si, claro que mientras mi camino esté lleno de mayores bienaventuranzas que el vuestro, mi espíritu ha de permanecer noble y sereno, igual que el perro que reposa junto al sofá, descansando y aún así, expectante y alerta de cualquier agente que pueda perturbar su estado de calma.
Os deseo el bien y toda clase de buenos augurios; claro, mientras estos no sean mayores a los míos.
Estoy haciendo mal, yo lo sé. La colectividad agoniza a causa de mis vicios.
Soy el cancer de los pueblos, la muerte del amor y la huida de la esperanza.
Soy la carne putrefacta de aquel morlaco condenado por su propia naturaleza iracunda. Soy también el gusano que parasita de esos impúdicos restos.
Soy el can celoso que impide que sus hermanos disfruten también un poco del ave que he cazado.
Soy el pseudo hombre, el hombre y el cuasi hombre.
Soy el animal salvaje esclavo de sus instintos.
Soy el hambre y la sed.
Soy la avidez de poder.
Soy la tristeza y la rabia.
Soy la necesidad.
Soy el afán de demostrar mi superioridad.
Soy la nula autoestima.
Fluye en mis venas el coraje, la desesperación, la venganza y el deseo.
En este punto, es difícil saber qué es aquello que impulsa mi andar. Sean mis buenas intenciones y el impulso de transformar para bien a mi sociedad, sea también el temor a la inferioridad.
¿Por qué actúo?
¿Por qué razón me esfuerzo?
¿Por qué predico mis blasfemias?
Si el exceso que me atormenta es la ansiedad por superar y ser mejor que mis semejantes, ¿De qué carezco entonces?
Si adolezco de envidia, ¿Cuál es mi complejo?
Si disfruto el ser un animal escandaloso, ¿A qué se deberá?
Si pongo el pie para que mi conciudadano tropiece en su andar, ¿Será acaso que en el fondo me

siento inferior al caído?
Soy la avaricia y la gula.
Pero el hambre que padece el alma no se apacigua con el exceso.
Soy el coraje, la enfermedad, el desdén, el individualismo y la muerte de la colectividad.
Soy aquello imaginario y tan real a la vez.
Soy el ego.